

# EL TIMIDO FANTASMA DEL NUMERO ONCE

Bernardo Ruiz

Si estoy aquí es porque ni siquiera en un sanatorio se me acepta. No me puedo quejar, ocupo diez metros cuadrados y el baño. No necesito más. Por la mañana el sol castiga temprano las cortinas que dan una sensación de luz de ocaso a las nueve de la mañana. La pesada atmósfera que produce mi sueño se difumina en el tiempo que tarda mi baño. Siempre —hoy lo descubrí— pasa a las seis para las siete un coche arreglado que me hace revolverme perezosamente. Hora y media después, llegan por la niña del castillo de enfrente tocando el claxon con estrépito. Enciendo entonces el radio, oigo el concierto matutino y las noticias de las diez a-eme. Me ahorro así leer gran parte del periódico.

—A las nueve y cuarto estoy desayunando entre los recuerdos de mi sueño. A veces me desespero. Olvido que estoy muerto y salgo a la calle. Mas a esa hora no hay a dónde ir. Tengo que regresar deprimido a casa.

—Cuando acepto mi sino me siento en la cama, en la misma posición que tengo ahora; veo cómo nace cada letra, gozo el espástico nacer de cada letra y pienso que alguna vez pude tener un hijo. Quedo en suspenso un instante y continúo escribiendo. Espero ansioso el momento en que equis-ele-a transmita la octava de Vaughan Williams seguida de la cuarta de Mahler. Creo que lo ideal sería que culminara con la misa de Andrieu para fanfarrias desafinadas y órgano o en alguna Pasacaglia de Bach. Lo siento, es la hora del siguiente noticiero.

—Sigo pensando y considero lo bueno que hubiera sido callarme tantas veces; pero no me arrepiento de nada de lo hecho. Si hubiera matado es probable que me sintiera más tranquilo.

—Pero no. Todavía sonrén —a veces— muchos de mis enemigos. Cuando contesto la correspondencia acumulada me pongo nostálgico. Sin embargo, cuando debo responder a alguno de los que he expulsado de estas tierras por su inutilidad y estulticia, dejo aflorar la ironía que refleja toda la amargura del reprimido “nostálgico” deseo.

—Muchas veces me gustaría ponerme a recorrer museos, vagar, sin causa aparente, por las calles. Pero, desgraciadamente, me he recluido aquí, a mitad de una calle deshabitada a toda hora, en medio de mi ensueño y mi melancolía. Hace mucho acostumbraba salir sin prejuicio. Hoy ya no puedo hacerlo; necesito alguien afín que me acompañe. Imposible. Ilusiones.

Las gentes dicen que soy un frustrado, que perdí mi juventud sin darme

cuenta. Pero envidian mi posición y mi experiencia. Es innegable. A esa gente siempre le he negado la conversación, siempre he dicho de ellos “vacuidades”. Prefiero esta perenne estancia en la que nadie me habrá de turbar. En la que continuaré leyendo e imaginando que he de vivir otro día.

—Reconozco lo penoso de la situación que padezco; es sin embargo, la mejor. Sé que estoy solo. Sé que quisieran, asimismo, verme muerto. Soy introvertido, soy tímido, tuve —según unos— una cínica escala de valores. Pido sólo respeto al anonimato en que he de morir ignorado, después de haberme conocido. No soy ningún iniciado.

—Salgo a tomar el sol mientras camino al correo. Veo las novedades en circulación —niños que han crecido, señoras que no han cambiado de vestido, sirvientas que escriben a su pueblo, congestionamientos de tránsito, ancianas que me saludan creyendo que soy alguien importante y enterado, no sé de qué, pero saben que es cosa para mí inclusive, y ellas se mueren sin entender

—Regreso a casa sin darme cuenta de lo que pienso. Debe ser algo entretenido pues me encuentro sonriendo algunas veces. Mecánicamente, llego al negro portón de la casa once, hago girar la llave y me sumerjo de nuevo en mi música durante un rato. Oigo luego el grito de la sirvienta que dice angustiada que se enfría la sopa. Bajo al comedor —mi recámara está en el segundo piso. Saludo a los cadáveres sobrevivientes de mi familia —mi familia por lazos sanguíneos, no por pertenecer a nadie. Veo cómo buscan alguna nueva arruga (siquiera de preocupación) en mi triste cara. Después de oír comentarios calcados a los editorialistas acerca de la situación mundial, discuten malestares físicos ajenos al alimento y cuentan chistes insulsos. Generalmente, a esa altura de la conversación, ya voy huyendo a mi cuarto. Los viejos hermanos también se levantan, mientras la más anciana le pide a su hermano que la encamine al trabajo. Se suben en su coche y se sumergen en la masa anónima de la ciudad. Los demás se encierran o escapan y no sé qué sea de ellos hasta la hora de la cena, si he de bajar a cenar.

—Es entonces cuando me obsesiona el recuerdo de las palabras del amante de una vieja amiga: “¿Qué será de nosotros en la vejez?” Me lo dijo una tarde nublada, en el corazón del viejo bosque, al pie del castillo. Contemplábamos el agua verdosa del lago, los globeros de caminar lento, unos ancianos que leían al periódico o que jugaban ajedrez. Me sentí viejo, hartado de mí, de las cosas, del canto mismo de los pájaros. Regresé al coche que me trajo aquí, de donde no me quedan ganas de salir sino algunas tardes en las que visito a mis sobrinas. U otras en las que me oculto en la penumbra de un cine, para envidiar las alegres parejas de jóvenes que van ahí para olvidar reproches que jamás han entendido, en la oscuridad de luminoso fondo que les habrá de mostrar las pasiones que ellos han de vivir conforme el tiempo se posesione de ellos.

A las seis de la tarde veo el reflejo de la caída del sol en las luces y en las sombras de las casas que están frente a mi ventana, y observo los últimos destellos solares reflejarse en la burda cúpula de azulejos de la iglesia más cercana.

Hora de recuerdos, en que veo todas las caras de las mujeres que he amado. Mujeres que nunca permitirán a su memoria sentir en ella la tarde y las caricias en que ninguno se pertenecía. Poco a poco me sentiré lejos de todo esto y me deprimiré un poco más, qué importa, al escucharse el fin del día. Es probable que en la noche me visite algún amigo para consultarme un problema. Quizás reciba sólo su llamado telefónico. Si llego a sentir hambre, bajaré a cenar. De otro modo me quedaré leyendo cualquier libro hasta que deje de escucharse música. Entonces, vencido por el sueño, me imaginaré dormido viviendo una infancia a la que renuncié hace mucho por temor a ignorar algo.